

NUMERO 132.

Sermon predicado por el Dr. D. Juan Bautista Diaz Calvillo el 30 de Octubre de 1811.

SERMON

Que en el aniversario solemne de gracias á María Santísima de de los Remedios, celebrado en esta santa iglesia catedral el día 30 de Octubre de 1811 por la victoria del Monte de las Cruces, predicó el P. Dr. Don Juan Bautista Diaz Calvillo, prefecto de la doctrina cristiana en el oratorio de San Felipe Neri de esta corte.

Al Excmo. Sr. Virey D. Francisco Xavier Venegas de Saavedra, capitán general de la Nueva España.

EXMO. SEÑOR.

El eficaz y activo zelo de V. E. fué el medio de que se valió la MADRE DE DIOS para ahuyentar de México á los enemigos de la religion y de la paz. Sea pues la gratitud de V. E. á tan insigne libertadora quien perpetúe la memoria de aquel triunfo, dignandose tomar baxo sus auspicios esta oracion en que intenté celebrarlo.— Excmo. Señor.—*Juan Bautista Diaz Calvillo.*

ACCEDENS ABIMELECH IUXTA TVRRIM, PVGNABAT FORTITER; ET ECCE VNA MULIER FRAGMENTUM MOLAE DESUPER IACIENS, ILLISIT CAPITI ABIMELECH, ET CONFREGIT CELEBRVM EIVS.

Acercandose Abimelec á la torre peleaba con esfuerzo; . . . y he aquí que una muger, arrojando desde arriba un pedazo de rueda de molino, la estrelló contra la cabeza de Abimelec, y le rompió el cerebro.

Iudic. IX, 52, 53.

¿Con que en fin, EXMO. SEÑOR., despues de algunos dias de sustos y temores que pertur-

baban los ánimos de quantos habitantes encerraba esta populosa ciudad, causados por la tiranía y furor de los enemigos de la patria que introducian por todas partes la desolacion y el espanto, nos vimos para siempre libres de su crueldad en el memorable día 30 de Octubre del año próximo pasado de 1810? ¿Con que la inaudita rabia y encono de un hombre desgraciado, que tenia el empeño de saciar con la inocente sangre de los buenos, la sed que abrasaba sus entrañas, encontró á las puertas de la feliz y dichosa México quien se opusiera con ardor á su tumultuario arrojó, é impidiera la execucion de tan iniquo y bárbaro proyecto? ¿Con que la altivez y orgullo de un hijo desnaturalizado de los virtuosos héroes españoles, que juzgó podia usurpar facilmente una dominacion tirana sobre estos hermosos paisés, se vió prostrado, confundido y humillado por un corto número de leales y valientes hijos de la América, que presentados por su generosa madre contra todo el ímpetu de los rebeldes, ni se amedrentaron á la vista del peligro, ni huyeron á presencia de un ejército formidable, ni vacilaron en medio de un combate fiero y obstinado, ni desmayaron por el hambre y la fatiga, ni se rindieron acometidos con todo el furor y desesperacion del enemigo? ¿Que gloria señores para los inmortales gefes que con su zelo, prudencia y actividad lograron el triunfo mas completo que se hallará tal vez en la historia de los pueblos y naciones belicosas; ¿Que honor para todos los dignos militares americanos, cuyos nombres ocultos hasta entonces en el pequeño rincón de sus hogares, resonarán ya por todos los ángulos de la tierra, y en ellos se oír

con admiracion tan singular prodigio de serenidad, de valor y de constancia! ¿Que gozo para la América, quando ve á sus amados hijos que si en los tiempos felices de la paz no conocieron el estrépito de las armas, ahora que ha sido necesario se valgan de su irresistible fuerza, saben tomar parte en la heroicidad de un espíritu amante del buen orden de la sumision y de la obediencia!

Celebramos pues hoy una victoria tan señalada con las mas festivas demostraciones de júbilo y alegría; y si la fe santa que nos ilustra con sus verdades, enseña que todo bien y felicidad viene de Dios, que es el autor único de quantas dichas logramos sobre la tierra; ocupemonos en buscar el medio de que se valió la poderosa diestra del altísimo para ponernos en las manos la palma de este triunfo, y mostremonos obligados de tan imponderable beneficio. Mas ¿quien de vosotros duda ni por un momento en afirmar qual sea éste? Todos á una voz ensalzais la benignidad y clemencia de MARIA; publicais con la mayor sinceridad, que la digna madre de Dios fué quien obró tan inaudita maravilla, y derramais tiernas lágrimas de reconocimiento y gratitud á la que ha sido nuestro escudo, proteccion y defensa. Yo pues que tengo hoy el empeño de explicar en este lugar sagrado los sentimientos que os animan, con el fin de avivarlos en el día en que hemos cumplido el primer año de nuestra libertad conservada por esta madre de misericordia, no haré mas que exponeros los desastres, que temamos y el modo con que de ellos fuimos libertados, á la manera que los ciudadanos de Tebes en la tribu de Benjamin lograron ver acabado en sus mismas puertas el furor de Abimelec, que intentaba subyugarlos, y á quien una sola muger habiendole deshecho la cabeza con la enorme piedra de un molino, imposibilitó de conseguir mas victorias.

Así tambien nosotros fuimos amenazados por un numeroso ejército de rebeldes con las mayores calamidades que nos podian sobrevenir; pero MARIA siempre atenta á impedir los males, alcanzó de ellos un triunfo glorioso por medio de esa imagen, que en todos tiempos fué nuestro universal remedio, y de una vez

les impidió el que prosiguiesen adelante en sus bárbaros intentos. *Accedens Abimelech iuxta turrim, pugnabat fortiter; . . . et ecce vna mulier fragmen molae desuper iaciens, illisit capiti Abimelech, et confregit cerebrum eius.* Hagamos pues una ligera memoria de aquellas desgracias, y veamos el empeño de MARIA en preservarnos de ellas, publicando á todas las gentes que la madre de Dios ha sido nuestro consuelo único en tan amarga tribulacion. Ceda todo en honra y gloria del señor Dios de las batallas, en alabanza de MARIA nuestra benigna y clementísima madre, y en provecho y edificacion de nuestras almas; y para lograr tan importantes fines, saludemosla primero animados de la mayor confianza.

AVE MARIA.

Luego que falleció Gedeon, aquel célebre general, que con solos trescientos hombres escogidos habia perseguido á una multitud incalculable de madianitas, dexando tendidos en el campo de batalla ciento y veinte mil cadáveres como afirma el sagrado texto; Abimelec, hijo suyo de una esclava, no pudiendo llevar en paciencia que alguno de sus setenta hermanos, en quienes concurrían las mejores calidades, le fuese preferido en el gobierno del pueblo de Dios, devorado su corazón por la envidia mas negra, sin reparar en crímenes ni delitos, se determinó á hablar á los siquimitas sus paisanos de este modo: “¿Que os es mas útil y provechoso? ¿Que os acomodeis á obedecer á un número tan exorbitante de jueces como es el de setenta, aunque todos ellos sean hijos del valiente Gedeon; ó á mí que soy uno solo, y que tambien lo reconozco por mi padre, sin embargo de que mi madre estuvo baxo su servidumbre? Reflexionad bien que la muger en cuyo vientre fuí concebido, salió de entre vosotros, y así yo soy vuestra carne, y por mis venas circula vuestra sangre. Ea, pues; tened buen ánimo, y acometed una grande empresa, negandoos á la sujecion de mis hermanos, porque ellos no lo son vuestros. “En un momento circularon estas palabras sediciosas por todo el país de Siquen; y he aquí que los

mendigos y vagos formaron un poderoso ejército que se organizó en el templo del idolo Baalberit, cuyas riquezas entregaron todas á Abimelec, y este reforzado con oportunos socorros se dirigió á Efra, entró en la casa de su padre Gedeon, sorprendió á todos sus hermanos, menos á Joatan que pudo escapar con algun trabajo, los llevó cargados de prisiones hasta el lugar en que se ofrecian los inmundos sacrificios, y allí les dió sucesivamente una muerte la mas cruel, horrorosa é injusta para desahogar su furor. Envanecido su orgulloso ánimo con esta que juzgó victoria, ocupó los lugares de Melo y Ruma, se fortificó en el monte Selmon, puso fuego á la ciudad de Siquen, y por último caminó á Tebes, donde encerrados los hombres, las mugeres y los niños habian determinado el morir antes de hambre, de sed y de miseria, que abrir sus puertas á un tirano, cuya dominacion les sería enteramente insoporrible.

Yo señores no se que el Br. Don Miguel Hidalgo y Costilla hubiera propuestose por modelo en la presente conjuracion de que ha sido el autor á este cruel, iniquo, faccioso y desnaturalizado hijo del insigne Gedeon, y que tanto se apartó de los ilustres exemplos de sumision y obediencia que le habia dado su padre antes de ser gobernador del pueblo de Dios; pero leyendo qualquiera con atencion todo el capítulo nono del sagrado libro de los jueces, y la historia de los tiempos infelices en que por desgracia nos hallamos, advertirá una semejanza tal entre uno y otro, ya en los principios, ya en los pretextos y ya en los estragos de ambas rebeliones, que casi no acertará á distinguirlos. En efecto: el Abimelec de nuestra América, hijo ó descendiente de los esclarecidos Gedeones que en la España antigua habian triunfado repetidas veces de la soberbia africana, y obscurecieron para siempre el resplandor de sus lunas, obligandolas por último á esconderse baxo la otra parte de los mares; Hidalgo, que roído de una fiera envidia por la felicidad comun en medio de tantas turbaciones que la crueldad francesa ha causado en el continente europeo, quiso derrocar el trono en que habian de sentarse sus

hermanos para juzgar á la nacion durante la ausencia de su monarca legítimo; este hijo bastardo de los héroes españoles, que desentendiéndose de los excelentes modelos de virtud que hallaría en sus ascendientes, aspiró al honor y gloria del mando sin título ni motivo que para ello lo autorizara; hace resonar en lo obscuro de una noche las voces mismas con que el siquimita logró persuadir á sus paisanos á que se le uniesen todos con el fin de derramar la sangre de los otros hijos del valeroso Gedeon, y de que á el lo reconociesen y jurasen por su rey. La diversidad de suelo en que el Señor quiso nacieramos y la calumniosa mentira de que los españoles europeos querian dominar tiranamente sobre este pais afortunado, fueron entre otros los pretextos de que el autor de la conspiracion americana así como el de la de Siquén, se valió para usurpar él mismo la dominacion que tanto imputaba á los que eran el objeto de su furor y de su encono. *¿Quid vobis est melius?* decia á todos los pueblos, *¿vt dominantur vestri septuaginta viri, omnes filii Ierobaal, an vt dominetur vnus vir?*¹ ¿No es mejor para este reyno hermoso y tan privilegiado de la naturaleza que me reconozca á mi solo por su juez y gobernador, que á los que tuvieron su cuna del otro lado del océano, aunque ellos tambien sean hijos de los famosos héroes españoles? *Considerate quod os vestrum, & caro vestra sum.*² Tened presente americanos, que ellos aunque hermanos míos, son naturales de las posesiones de Efraim, y yo he visto la primera luz de mi vida en la tribu de Benjamin, así como vosotros. Soy pues vuestro hermano, mi carne es carne vuestra, y si mi padre nació en una parte tan lejana, á mi no me dió el ser sino entre vosotros. Yo pues os juzgaré; pero venid antes conmigo, demos una cruel muerte á todos mis hermanos, ocupemos los lugares de la Palestina, infundamos el terror á quantos se atrevieren á oponersenos, llevandonos las riquezas para perfeccionar nuestro intento, únense á mí todos los cargados de deudas, los ociosos y mal

1 Iudic. IX. 2.

2 Ibid.

entretenidos, y no cesemos en la empresa hasta que yo logre una pacífica posesion del dominio que intento adquirir sobre vosotros.

Así ha sucedido señores. *Dederunt illi . . . pondo argenti . . . qui conduxit sibi ex eo viros inopes & vagos, secuti que sunt eum*¹ No bien escucharon estas palabras algunos de espíritu vengativo y rencoroso, quando sin la menor demora prestaron todos los auxilios que se les pedian, y creyendo infalible el éxito de sus sanguinarios proyectos comenzaron á introducir por todas partes la discordia, á llevar la desolacion por los pueblos y ciudades, á infundir el terror en las provincias, á talar los campos, incendiar las mieses, robar los ganados, y aun lo que es mucho peor, á sacrificar la integridad de las vírgenes, ajar el decoro de las respetables matronas, atraer el hambre, la desnudez y la horfandad á las familias, exponer al ludibrio de un populacho insolente y atrevido á los que se habian esmerado en la tranquilidad y pacificacion de los pueblos, á envaynar sus desapiadados aceros en el pecho de los beneméritos de la patria, y á llenar de sangre inocente los montes, los collados, las barrancas, los campos, los caminos, las plazas, las calles y aun los mismos templos. ¡Ah! ¡quien me diera hoy la mas sublime eloquencia para referir los desastres que causaron los facciosos en Dolores, San Miguel, Celaya, Valladolid, Guadalaxara, Zacatecas y en otras muchas partes, en las que á manera de leones hambrientos irritados á la vista de la caza, atropellaron por todo respeto divino y humano, y aun llegaron al extremo de disparar sus tiros contra un venerable párraco² que llevaba en sus manos el *augusto sarramento del cuerpo del Señor!* ¡Quien tuviera la imaginacion mas triste y melancólica para pintaros muy al vivo las horrorosas muertes executadas en la terrible alhóndiga de Guanaxuato, en la que se vieron obligados los infelices destinados al sacrificio á presenciar con sus mis-

1 Iudic. IX. 4.

2 El Dr. D. Josef Ignacio Muñiz, cura de Xocotitlan. Gazeta del gobierno de México de 20 de abril de 1811, numero 47.

mos ojos desgraciado el fin de sus compañeros, y á morir anticipadamente otras tantas veces, quantas con un semblante horrible se les repetia la intimacion de tan inhumano decreto! ¡Allí desnudos, pálidos por el hambre cruel que los devoraba y por el terror que se habia apoderado de sus corazones, hacinados sobre un monton de cadáveres, ó tirados sobre un suelo tan duro y escabroso, como húmedo y mal sano, custodiados por unos hombres fieros que con ojos relampagueantes les amenazaban á cada paso con fusiles, escopetas, trabucos y lanzas, insultados de lo mas vil y soez de la plebe que descargaba sobre ellos una furiosa tempestad de ultrages y baldones, dexando caer á torrentes las lágrimas de sus ojos, pues ni aun se atrevian á pedir misericordia, porque esto sería cometer un nuevo delito, vertiendo con abundancia la sangre por sus heridas; unos abrasados de la sed, tullidos los otros por el frio, estos avergonzados con la desnudez, sin sentido aquellos por la vehemencia de los dolores; ya asaltado de una fiebre ardiente y maligna que les embarga las potencias, y ya atormentados de su propia imaginacion que les hacia sentir todo el enorme peso de su desgracia. . . . ¡Ay señores! ¡este es el verdadero retrato de la paz, de la prosperidad y de la abundancia que el Abimelec de Michoacan quiso procurar á la América, sacandola del yugo tiránico de la antigua España para que disfrutase de estos inestimables bienes! Pero sigamos adelante.

Envanecido este infeliz hombre con unas que jamas podran llamarse victorias, sino opresion, tiranía, asesinato, inhumanidad y fiereza, extiende las benignas alas de su proteccion, no se si diga sobre toda la América septentrional, porque son muy pocos los lugares de ella que no hayan recibido las saludables influencias de este planeta luminoso. Desde 16 de septiembre, hasta el 30 de octubre de 1810, no solo contaba por suya la desgraciada provincia en que recibió el sér, sino tambien habia pisado las confinantes para apoderarse de todas; y engrosado con un numeroso ejército del que no solo por la multitud de gente que lo componia, sino aun mucho mas por los es-

tragos que causaba, podremos decir lo que del de los madianitas afirma la santa escritura,¹ que cubrió la superficie de la tierra como si fuese una plaga de langostas, despues de haber cometido tantas y tan inauditas atrocidades como son las que nadie puede ignorar *profiscicens venit ad oppidum Thebes*,² dirige su marcha hasta las cercanias de México; y con semblante furioso, centelleantes los ojos, trémula la barba, arrojando espuma por la boca, inquietos los brazos, desasosegado el cuerpo, agitado el corazon, vacilantes las piernas, y todo el en un continuo y desordenado movimiento, se presenta finalmente en el célebre monte de las Cruces á la cabeza de ochenta mil tigres, que no respiran mas que muerte, sangre y desolacion.

¡Dios santo! ¡Dios benigno! ¡Dios de clemencia y de bondad! ¿Adonde estan Señor vuestras antiguas misericordias?³ ¿Que? ¿dos años de amargura y de dolor que oprimia á los habitantes de México por la funestísima nueva de los males que experimentaba la antigua España, tiranizada en gran parte por el gefe del ateismo, de la irreligion y del libertinage, no eran bastantes á desarmar vuestro enojo tan irritado por nuestras culpas? ¿Dos años de zozobras é inquietudes, de sustos y de temores por los sucesos desgraciados de la guerra tan heroicamente sostenida en la península contra la impiedad y el despotismo, no inclinaron hacia nosotros esa bondad infinita de que siempre os habeis gloriado? ¿Las lágrimas generales que regaron con abundancia el pavimento de este propio templo, los clamores que levantamos entonces desde el profundo abismo de nuestra miseria pidiendoos el perdon de nuestros delitos, la confusion y amargura con que heriamos nuestros pechos, tomando así venganza de unos corazones que os abandonaron en los dias de prosperidad, las oraciones de tantas almas justas que desde el oculto rincon de sus claustros querian forzar las duras puertas del cielo, y haceros una dulce violencia para

1 Iudic. VII. 12.

2 Iudic. IX. 50.

3 Psalm. LXXXVIII. 50.

que volviessis sobre México vuestros ojos misericordiosos, tantas vigiliás, ayunos, austeridades, mortificaciones y penitencias, y aun lo que excede infinitamente á todo esto, la sangre misma de vuestro unigénito amado que innumerables veces se os presentó en ese altar santo para aplacar con ella vuestra justicia; nada de esto ha alcanzado de voz la indulgencia y el olvido total de nuestras iniquidades? ¿Con que México, que por tres siglos habia gozado de una profunda paz, que os reconocia y adoraba como á su verdadero Dios, que miraba con el mas tierno y cordial afecto á MARIA su dulcísima abogada, que poseia una prenda la mas estimable de su perpetua felicidad y del cariño que debe á esta madre de la gracia en el lienzo guadalupano; México ha de ver ese mismo precioso lienzo enarbolado en el medio de sus plazas como el estandarte de la rebelion, del odio, del homicidio, del estupro y del sacrilegio? ¿Y lo ha de ver tremolar por unas manos que han sostenido toda vuestra omnipotencia, que han inmolado la víctima pura y santa, que han dispensado los inestimables tesoros de vuestra misericordia, y que cerraron para muchos la boca del infierno, y abrieron las puertas del celestial paraíso? ¿por unas manos que han dado libertad á los cautivos, salud á los enfermos y aun la vida misma á los muertos mas antiguos, corrompidos y hediondos? ¿*Quae est enim fortitudo mea ut sustineam?*¹ Padre santo; Dios de clemencia: acordaos señor que somos flacos y que no podremos sobrevivir á tan amargo dolor, porque ni nuestra resistencia es como la de las piedras, ni nuestro corazon tan duro como el bronce.² ¿No os apiadaresis pues de estos clamores? ¿cerrareis vuestros ojos para no ver nuestras lágrimas? ¿seremos presa desgraciada de los enemigos? ¿sentiremos todo el peso de su infame tiranía?

Consolaos, señores, consolaos, y respirad un poco dilatando los senos de vuestro pecho angustiado; porque MARIA se presenta ya ante el trono del altísimo, y consigue por último el remedio de tan urgente necesidad. Es cierto

1 Iob. VI. 11.

2 Ibid. 12.

que *accedens Abimelec iuxta turrim, pugnabat fortiter*. El miserable caudillo de la rebelion llega casi á las puertas de México, y alli hace todos los esfuerzos posibles con el fin de consumir la obra que trae meditada; pero hay una muger fuerte y animosa que le detiene el paso, enerva su fiereza, destruye sus conatos, y como si le hubiera estrellado en la cabeza la enorme piedra de un molino, lo imposibilita de alcanzar mas victorias. *Ecce vna mulier fragmen molae de super iaciens, illisit capiti Abimelech, & confregit cerebrum eius*.

Yo no puedo menos que confesar aqui mi rudeza; pues ni tengo voces, ni hallo palabras que den á entender como quisiera los vivos sentimientos de gratitud á tan insigne bienhechora que deben animar nuestros corazones, quando hoy, 30 de octubre, dia en que se ha cumplido el primer año despues de la memorable batalla de las Cruces, hemos venido á este magnifico templo á protestar á MARIA, con quantas lenguas pudieramos hablar, que ella fué nuestro escudo, nuestra defensa, nuestra libertadora, nuestra benigna y misericordiosísima madre en las circunstancias mas tristes que pudieron acaecernos en todo el año pasado de 1810. Sí, MARIA fué la que cegó los ojos de los innumerables bandidos que ansiando por las opulentas riquezas de México, se arrojaban precipitados sobre las pocas bayonetas que se les opusieron. MARIA fué la que extendió su manto sobre el pequeño ejército, si acaso pudo merecer este nombre el que defendia su causa, su honor, y su gloria tan vilipendiada de los sacrilegos facciosos. MARIA fué la que con el soplo de su boca varió la direccion de las balas, hondas y piedras que de otro modo hubieran acabado necesariamente con los nuestros. MARIA fué la que con una mano postraba heridos á los enemigos, y con la otra levantaba del polvo de la tierra héroes invencibles que los destruyesen y acabasen. MARIA fué la que ocupó la cumbre de los montes á cuya falda se situaron nuestros valientes soldados, para impedir el estrago que en ellos debia causar el vivo fuego que de alli se les hacia. MARIA fué por último la que no desdefiándose de tomar personalmente el cargo de un general de exér-

cito, inspiraba á los gefes, ayudaba á los subalternos, animaba á los que desfallecian, daba actividad á los perezosos, hacia impenetrables las columnas, dirigia los tiros, sostenia los fuegos, y ¿que se yo si hizo parecer á la vista del enemigo como un ejército de cien mil hombres el que apenas contaria ochocientos? Por que *¿quomodo persequatur vnus mille, & duo fugent decem millia?*¹ preguntaré yo hoy, como Moyses en otro tiempo á sus israelitas: ¿como puede ser naturalmente que uno persiga á mil y que dos hagan huir á diez mil?

El número de los facciosos que se hallaron en la accion por el cálculo mas corto no es inferior al de ochenta mil, quando la division que les estorvó el paso solo tenia la fuerza de ochocientos. Un exceso tan enorme, ¿quien no ve que el poder humano es un obstáculo insuperable? ¿No se ha juzgado siempre como un maravilloso prodigio el que Gedeon con trescientos soldados pusiese en fuga á ciento treinta y cinco mil madianitas;² que el invicto duque de Cantabria D. Pelayo con solos mil asturianos generosos diese la muerte á veinte mil sarracenos, y ahuyentase la multitud incalculable que ocupaba las montañas de Covadonga; que en la célebre jornada de Clavijo en la Rioja, siendo muy inferior en número el ejército de Ramiro al del poderoso Abderramen su contrario, dexáse tendidos en el campo los cadáveres de sesenta mil moros; y que en la memorable de las Navas de Tolosa habiendose eclipsado doscientas mil lunas africanas, solo desapareciesen veinte y cinco hermosas estrellas del brillante cielo español? Y si estas acciones fueron tan admirables por el cortísimo número de los que vencieron, ¿que deberemos pensar de la nuestra, reflexionando sobre las demas circunstancias que la acompañaron? Una batalla comenzada á las ocho de la mañana, empeñada con nueva fuerza por parte de los enemigos á las once de la misma, y sostenida con inaudito exemplo de valor por nuestros ochocientos héroes hasta las cinco y media de la tarde, siendo toda su duracion de nueve ho-

1 Deut. XXXII. 30.

2 Iudic. VIII.

ras y media, entre montes coronados de gente, que arrojaba dardos, piedras y balas, mantenida por unos hombres débiles, fatigados con el cansancio de los días anteriores, y que no podían tomar algún alimento para reparar las fuerzas, y ganada por quienes jamás habían visto el horrible semblante de la guerra; ¿no es la prueba más cierta de que MARIA asistió muy particularmente á los nuestros, que levantó sus fuertes brazos quando ellos los dexaban caer desfallecidos, que limpió sus preciosos sudores, que consoló sus espíritus generosos, que mantuvo sus nobles sentimientos, que les quitó el horror de la muerte que parece debían esperar, y que infundió en el corazón de los militares americanos la religiosidad de Jepté, la prudencia de Barac, la fuerza de Sanson, la actividad de David, y el entusiasmo heroico de los Macabeos? ¿Dudaremos un momento en afirmar que MARIA trasladó á los campos de México el zelo de Pelayo, la animosidad de los Alfonsos, la piedad de Ramiro, la sagacidad de Ordoño, el empeño de Fruela, la felicidad del santo D. Fernando, la irresistible fuerza de Carlos V y que hizo revivir la constancia y fidelidad del invicto Hernán Cortés? Yo señores así lo creo, y siempre publicaré que el brazo del altísimo, importunado, si me puedo explicar de esta manera, de los ruegos é intercesión de nuestra benigna madre fué quien como añadía el mismo Moisés, humilló y confundió á nuestros enemigos, y no solo los desamparó quitándoles todo camino de consejo y de prudencia, sino que los vendió y entregó en nuestras manos, cerrándoles las puertas por donde pudieran buscar nuevo socorro: *Deus suus, vendidit eos, et Dominus conclusit illos.*¹

¿Visteis señores alguna vez en el medio de un campo desierto á una débil florecilla, que agitada por todas partes de los vientos no puede conservarse recta mucho tiempo, é inclinándose con violencia ya al uno, y ya hacia al otro lado, está en el mayor riesgo de verse postrada á la fuerza de tan irresistible enemigo? ¿Observasteis como en medio de un trabajo tan penoso, cargan sobre ella las rabiosas abisbas, que

¹ Deut. XXXII. 30.

habiendo solicitado en vano otras flores vienen quando el sol calienta con insufrible ardor; y la punzan, la chupan y maltratan, queriendo todas á porfía sacarle hasta la última miel; por lo que ella como abatida en tanto cúmulo de desgracias dexa caer sus bellas hojas, retira sus vivos colores, y quiere ya echarse entre la verde grama, que arrastrada por el suelo no se ve expuesta á tan fieros desastres? ¿Pero advertisteis también, que si apiadado el jardinero de la triste situación en que la mira, corre veloz hacia ella, espanta aquellos perniciosos insectos, la cubre de los ardores del sol, la cerca contra el ímpetu de los vientos y la humedece con el riego; ya hacia el caer de la tarde está aun más erguida, agraciada y hermosa que lo que había aparecido al salir de la mañana? Pues en ella teneis una imagen, aunque muy imperfecta, del beneficio dispensado por MARIA á la valiente tropa americana, quando cercada de un número crecido, rodeada de bocas que todas vomitaban estrago, muerte y desolación, al pie de cerros casi inaccesibles, ocupados ya por los tigres y leopardos, en tanta duración de tiempo que hubiera hecho desfallecer al corazón más animoso, no acostumbrada al estruendo horrisono del cañón, y débil, fatigada y en estado más bien de rendirse que de vencer, ahuyentó de México al tirano Abimelec, quien confiado en su increíble fuerza, y orgulloso con las precedentes victorias, desenvainó su espada, y se decía alla dentro de sí mismo: "Perseguiré á todos mis hermanos los descendientes de Gedeon, los sorprenderé y cargaré de prisiones, les daré una cruel y terrible muerte, embriagaré mis saetas en la sangre de los buenos, robaré todos sus bienes y me apoderaré de los tesoros. Llegaré á coronarme por rey de mis paisanos: ellos se me presentarán temerosos, y no podrán menos que doblar ante mi su rodilla: mi voluntad será executada con presteza en todo este vasto continente; al imperio de mi voz se estremecerá el orbe entero: *implebitur anima mea*"¹ ¿Que satisfacción tan grande para mi alma que hasta ahora no había gozado de estos bienes, y ya entrevé la felici-

¹ Exod. XV. 9.

dad que la espera! Ea pues, saan todos sacrificados á mi furor; no quede uno de quantos puedan estorbar mi intento. Furias crueles del abismo, venid en mi ayuda, y llevad la desolación y el terror hasta los fines de la tierra. Saciaos en la inocente sangre de los virtuosos: extended por las ciudades y los pueblos la viudez, y la horfandad, y aumentad vuestra alegría con las lágrimas, suspiros y lamentos del tierno infante, de la honesta doncella, y de la respetable matrona. Corred. . . ." Pero no dixo más; por que MARIA que parece se había hecho sorda á nuestros clamores, ni quería oponer su fuerte brazo para contener el ímpetu del enemigo, ó bien por el agravio y sumo deshonor que experimentaba en su imagen guadalupana, la que era llevada por todas partes como madrina y protectora de crímenes los más enormes, ó importunada de los fervorosos suspiros de muchísimos justos que encierra México, adornada con todo el esplendor de su gloria, vestida de oro y de carmin, colocada á sus pies la mudable luna, sirviendo uno de sus brazos de digno y magestuoso trono al rey inmortal de los siglos, y empuñando con la diestra una luciente espada, parte en el momento desde la humilde casa que sus hijos le fabricaron antiguamente en las lomas de los REMEDIOS hasta el centro de esta capital, deteniéndose en el camino todo el tiempo necesario para humillar la altivez y arrogancia de los furiosos rebeldes.

Nó, no fueron las lágrimas, instancias y aun fuerza de los indios vecinos de Naucalpan, Tacuba y demás contornos los que detuvieron el paso á la madre de Dios desde su casa á la nuestra; ni la violencia con que separadas las mulas del coche en que era conducida esta imagen prodigiosa, tiraba la gente de él, unas veces para el santuario, y otras para el camino, empleando en esta contienda porfiada desde las doce del día hasta las dos y media de la tarde, hora en que llegó á Tacuba; ni la prudencia del comisionado de este superior gobierno y la del juez de aquel territorio, quienes para sosegar esta especie de tumulto, hicieron descansar en el mismo pueblo, mientras que con razones eficaces lograban persuadir á los indios que no traían robado tan inestimable tesoro, sino

que por el contrario le iban á poner á cubierto de qualquiera insulto de los facciosos, ni quantas dificultades invencibles al parecer se ofrecieron en lo restante del camino que á cada paso servían de la mayor aflicción á los sacerdotes sus conductores, y al caballero diputado para comisión tan difícil; nada de todo esto, digo señores otra vez, fué el motivo de la dilación en su llegada hasta el lugar en que hoy la veneramos. Ella, ella misma ha sido la que dispuso tantos inconvenientes para auxiliar, mientras sucedían, á nuestros hermanos que peleaban por su causa y por nuestra libertad. Ella la que os inspiró, SEÑOR EXMO. el que dictaseis la orden para su venida: ella la que volvía y revolvía innumerables veces, como si puesta ya en camino hacia México deliberase en lo corto de su espacio ya el visitar y ya el no visitar á sus angustiados hijos: ella la que ignorandolo nosotros, y aun pareciéndonos que no atendía á las voces con que desde aquí invocábamos su clemencia, dirigía la batalla, daba esfuerzo á los soldados y confundía al enemigo: ella. . . Pero yo jamás acabaría, si tomase el empeño de decir quanto esta madre de misericordia hizo por nuestra felicidad en el memorable día 30 de octubre del año pasado de 1810.

No creo señores que haya alguno entre vosotros que dude á quien se ha de atribuir esta victoria; pues si á las ocho de la mañana comenzó la terrible acción de las Cruces por parte de los enemigos, á las siete de ella se comunicó la orden para la venida de esa imagen: si á las once se dexaron ver aquellos en columna de ataque, y á su cabeza quatro piezas de artillería con las compañías de Zelaya, provinciales de Valladolid, batallón de Guanajuato y dragones de Patzquaro, reyna y príncipe,¹ á esa misma hora llegó el caballero regidor decano al santuario de los REMEDIOS, y puso en ejecución la citada superior orden: si á las cinco y media de la tarde, después de un combate el más obstinado y sangriento tuvo nuestro pequeño ejército que retirarse por las circunstan-

¹ Gazeta extraordinaria del gobierno de México del jueves 8 de noviembre de 1810. núm. 130.